

Entrevista

Guillermo Fatás Cabeza: el niño que se dejaba copiar

Entrevista de Juan Domínguez Lasierra

El sistema educativo está tocado en todos sus niveles, renquea, bizquea, jadea y tartamudea.

Con los nacionalismos secesionistas soy beligerante. Qué estrechez mental. Hay que oponerse siempre a los mentecatos.



Discurso apertura de curso académico en el Paraninfo

A Guillermo Fatás lo calificó un hombre justo (oficial, institucionalmente justo) como “el sabio de Aragón”. Esto fue hace ya muchos años (lo escuché de viva voz) y el tiempo transcurrido no ha hecho sino confirmarlo. Lo que le diferencia de otros sabios es que sabe de todo, no solo de lo que le compete profesionalmente. Un polígrafo, un enciclopédico, un renacentista. Una “rara avis”. Si los extraterrestres se decidieran de una vez por todas a venirse por estos pagos, yo les enviaría al profesor Fatás como maestro universal. En esta entrevista he querido desentrañar su misterio, el lado

desconocido de su personalidad. No conseguirlo tampoco me quitará el sueño porque solo oírlo, diga lo que diga, será muy gratificante.

— Cuando pienso en el Guillermo Fatás niño e intento imaginarlo me viene tozudamente a la cabeza aquel entrañable personaje de Azcona, “el repelente niño Vicente”. No hay nada peyorativo, es una imagen un poco pavloviana y enteramente cordial. Vamos, que te imagino como un empollón, de curiosidad extrema, desde tus más tiernas carnes. Si eso es así (y lo creo), ¿se debe a una herencia

genética (la saga de los ilustres Fatás)? ¿Hay algún otro factor personal que pudo ayudar a esa genética? O sea, que me hables de tus inicios escolares y bachilleres, tu interés infanto-juvenil por el conocimiento, tu ambiente familiar.

— Pues voy a empezar por mi abuela...

— Me parece estupendo.

Una abuela Montessori

— Mi abuela paterna era una maestra fantástica. Ignoro cómo, pero había logrado estudiar en Nantes, de soltera. Nació en 1877

y en alguna foto que hay por casa parece que tendría como veinte años. Su padre, José Ojuel, era médico y no tuvo más que hijas de su mujer, Juana Pellejero. Imagino que intentó darles una buena educación, más allá de la consabida “cultura general” con la que se adornaba a las jovencitas de clase media. La abuela aplicaba el método Montessori, del que me beneficié. No sé cómo lo hizo, porque yo no tenía conciencia de estar aprendiendo nada, pero a los tres años me había enseñado a leer y a contar. Ella debía de tener unos setenta, era el colmo de la dulzura y de la paciencia. Tenía buen humor, hacía bromas, cantaba canciones muy graciosas y tocaba el piano. Ejerció muchos años como maestra especializada en párvulos (escuela maternal, se decía entonces). Insistía mucho en que se dotase a las aulas de mobiliario adecuado, móvil, para poder adaptarlo según momentos del día y del año, variar la disposición de los peques para que no se cansasen por la rutina, dar la clase en el exterior si hacía buen tiempo, etc. De mayor, me quedé boquiabierto, a finales de los sesenta, cuando oía hablar a las autoridades educativas y psicopedagógicas —esta reforma tan mal desarrollada empezó realmente en 1969— del ‘novedoso’ método de María Montessori. En realidad, el movimiento venía de Pestalozzi. Por cierto que Pestalozzi está entre los aragoneses ilustres, sin serlo, en los medallones del Colegio Gascón y Marín, cuyo primer director fue el marido de Patrocinio, mi abuelo Guillermo. Alguna vez he pensado si no se reuniría con José de Yarza, el arquitecto, para decidir la lista de próceres que adornan el frente de ese edificio tan bonito. Qué gente tan entregada y tan capaz. Claro, hay que pensar que la Montessori era solo un poco mayor que mi abuela Patrocinio Ojuel, se llevaban unos siete años, así que la yaya Patro fue muy pionera, debió de enterarse enseguida de esa renovación. La Montessori empezó a ser famosa hacia 1910, o cosa así. Lo

que no sé es dónde conectó la abuela con esas enseñanzas. Y yo tuve la suerte de que me las aplicase cuando llegó el turno, o sea, en la segunda mitad de los cuarenta.

— **Tal vez la Montessori le copió a tu abuela... Pero además de la abuela montessoriana (Dios la bendiga), hay otros nombres en la saga. La abuela no concitó todos los genes, supongo.**

— Es que, querido Juan, no conocí al abuelo Fatás, maestro, ni al bisabuelo Fatás, maestro. Y los abuelos maternos, Pedro Cabeza y María Garrido, con quienes conviví bastante, no tuvieron, en mi sentir, influencia comparable a la de mi yaya Patro sobre mi personilla. El abuelo Pedro hacía versos humorísticos con una letrita pequeña y clara y me los daba a leer. Hubo un tiempo en que yo también los hice para divertir a los amigos, por imitación suya. De la abuela María, que tenía poca instrucción, recuerdo el pasmo que me producía verla tejer ganchillo y, sobre todo, el encaje de bolillos, lío mágico de resultados sorprendentes.

— **Mucho docente...**

— Sí, es divertido que haya cinco generaciones de Fatás docentes: mi padre enseñó un tiempo Derecho, en la cátedra de Luis García Arias, de quien fue auxiliar; y mi hija mayor, Lola, da clases de Terapia de Pareja, en la universidad y en el Hospital Miguel Servet, mediante contratos (es psicóloga clínica con título europeo). Es posible, pues, que tengamos un gen docente que nos domina...

Leer, un festival constante

— **Vamos con el precoz lector**

— Lo que quiero decir con esto que leer era algo casi maquinal en mí, calculo que desde 1947. No entendía cuando algunos me decían que no leyerá tanto, “te vas a quedar ciego”, “se te van a secar los sesos”, “este chico siempre está con un libro”. Cuando me pusieron gafas, en 1950, no faltó en la familia quien se

jactó: “Si ya lo decía yo”. Era mucho más lector que estudioso, y no creo que eso fuera tan raro entonces. Llevamos ya varios decenios predicando que es un disparate enseñar a leer antes de no sé cuántos años. Un niño puede aprender a leer enseñada, prontísimo, y ser muy feliz con ello. Los cuentos, los tebeos, las novelitas, pero también los carteles y los anuncios, las cajas de galletas, el envoltorio de la chocolatina, el autobús, todo lo que lleva letras se puso a hablarme, a decirme cosas. El mundo, para el niño lector, se convierte en un festival constante, en una sucesión interminable de sorpresas y de informaciones, es algo fantástico. Eso no se me ha curado, sigo con esa sensación, miro la hoja del calendario y sé lo que me quiere decir, entiendo los precios del escaparate, las instrucciones de la lavadora y los resultados del Real Zaragoza (esto sería mejor que no, pero, bueno...). La de cosas que aprendí en Verne, en mi idolatrado Salgari, en Stevenson, en los fabulistas españoles, en los cuentecicos de Calleja, en la Historia Sagrada, en las enciclopedias escolares ilustradas que hablaban de todo... Te explicaban por qué no había que maltratar a los gatos. Podías fabricar pólvora, hacer que alguien orinara de color azul o producir gaseosas por tu cuenta. Todo lo decían las letras. Con las novelas era como si uno hubiera estado guerreando en Famagusta o luchando en Mompracem o navegado en la Hispaniola y te sabías las fases de la luna, los nombres de las velas de un buque, cómo funcionaba un arcabuz, los bichos de las islas caribeñas, cómo fabricar tal y cual herramienta con pedazos de cosas, sobrantes y materiales de ocasión o cómo el sol podía crear fuego si le prestabas una lente, qué era un virrey y por qué había piratas que guardaban miles de doblones en el cofre del muerto. Si ibas a clase con todo ese equipaje extra, tenías mucho camino adelantado: sabías dónde estaban Creta,

Jamaica y Malasia, lo que era un sextante, o el árbol del pan. Ahora, se aprende quién es Voldemort, qué es un *hobbit* y dónde está la Tierra Media. Menudo camelo.

Yo no era el repelente

— **En suma, que no eras repelente, pero sí empollón...**

— Mis compañeros no me trataban como a un empollón. La prueba es que yo era de una banda y participaba en las fechorías —verdaderamente lo eran— como uno más. Una vez dejamos sin luz al colegio y los frailes nos descubrieron por las huellas que habían dejado nuestras zapatillas en las polvorientas mesas de un almacén, a las que nos habíamos subido para cortar los cordones de la luz con una navaja. Unos vigilamos mientras el más decidido acometió el corte. Aquel colegio del Paseo de la Mina era detestable —cuando pude, me fui al Instituto Goya, me prometí no volver a pisarlo y he cumplido mi propósito— y yo sacaba buenas notas, pero cobraba como el que más: en una ocasión, en primero de bachillerato, con diez años o así, a la cuarta bofetada del fraile me hice pis delante de toda la clase. Yo no era repelente, el repelente era aquel sujeto, un sujeto al que llamábamos el Dos de Oros, por unas gafas que llevaba. Y ahora me viene a la cabeza: hace no mucho, mi amigo y compinche Pepe Rebollo, le dijo a un tercero, delante de mí: “¿Este? Este se dejaba copiar en los exámenes”. Creo que eso me exonera de repelencias.

— **No solo te exonera de repelencias, habla de buen compañerismo, pero de un “proscrito” de la legalidad escolar. Eso y las fechorías de que hablas me sugieren una cuestión: ¿no habrás sido lector de mi gran maestro Guillermo Brown, otro Guillermo importante?**

— Es arriesgado preguntarle a un tipo de mi edad por las aventuras de Guillermo. Me regalaron un montón de ellas, porque les parecía que era muy divertido regalarlas a

uno que se llamaba igual que el niño inglés. Enseguida me di cuenta de que casi ninguno de los mayores había leído aquellos libros maravillosos de Editorial Molino, salvo mi padre. Como todo el mundo, ignoraba que Richmal fuera nombre femenino, cosa que averigüé, con sensación humillante, años más tarde. ¿Cómo podía saber tanto de chicos esa señora? No puedo olvidar los dibujos de Thomas Henry, extraordinarios en todo, gestos, detalles de vestuario, en las caras de los personajes, les veías la mugre y todo. Me parecía un mundo irreal, aunque sabía que era verdadero, que había en Inglaterra gente que formaba sociedades bíblicas, que organizaba tómbolas, había bolas de grosella, pasteles de carne, chelines y libras y peniques, los chicos se cepillaban el pelo en vez de peinarse y vivían en casas con cobertizos llenos de cachivaches interesantísimos. Yo quería un cobertizo, sin saber bien qué era. Por cierto, qué buenas las traducciones de Guillermo López Hipkins, se daba uno cuenta ya más mayorcito. Era asturiano, vivía en Barcelona y también traducía a Agatha Christie. Parecía conocer perfectamente la sociedad inglesa. Su esposa era Bárbara Víu, escritora y aragonesa de Monzón.

— **Yo hablo siempre de Guillermo (Brown) como mi primer gran maestro. Hace poco tuve una discusión con mi amigo García de Frutos a este propósito... A él su educación inglesa le resultaba muy ajena...**

— Guillermo hubiera sido un escolástico formidable, o un sofista sensacional. Los razonamientos y argumentos eran imbatibles, si los recuerdo, me río todavía: “El polvo protege la ropa”, qué hallazgo argumentativo. En clase de Gramática había aprendido que dos negaciones equivalen a una afirmación, así que replicó a su padre que había organizado una fiesta con docenas de sus terribles amigos porque se lo había prohibido dos veces. Decía, más o menos, cosas como estas, que yo pro-



Con la abuela Patro



Unos juveniles Guillermo y Concha

curaba imitar: “La clase de cosas que quiero hacer es la que me prohíben hacer y la clase de cosas que no quiero hacer es la que quieren que haga”.

Cuando estudiaba en la Facultad recuperé estas lecturas. Me parece que en la primera novela de todas (**Just William**), decía de los romanos, a propósito de unas excavaciones que estaban haciendo cerca del pueblo y en las que aparecían restos cerámicos: “Bueno, no serían para tanto los famosos romanos. Si quieren cacharros rotos, les puedo presentar a nuestra criada, menuda romana antigua que hubiera sido”. Por su parte, la señora Crompton era magistral y te daba ideas inolvidables, del tipo de “la vaca y el bebé se miraron mutuamente con admiración”, qué bueno, ¿no?

— **Has hablado de unos cuantos mitos lectores de tus primeros años, ¿podrías hacerme una brevísima lista de los libros favoritos de tu infancia, los que aún recuerdas como esenciales?**

—Por suerte, de Verne, Salgari y Stevenson no te librabas. No pude, en cambio, con Robinson, Gulliver y el padre Coloma. A mi adorada abuela Patro le gustaba el jesuita y a mí, no. Excepto que ella me contase lo del ratón Pérez y que, en realidad, era un cuento escrito para el rey de España (con lo cual, te gustaba aunque no te gustase: era la magia de la abuela). Para los dos primeros era pronto. Mi padre me dirigía más hacia Walter Scott. En casa eran francófonos, pero, por lo que fuese, tenían tirón británico, en lo que entraban Kipling (fantástico), Chesterton y Woodehouse. Pero aquí mezcla edades, inevitablemente. De jovencito, eché largamente mano del género negro, había muchos tomitos de Emecé y también de Ellery Queen. Lecturas tempranas fueron el Joyce del artista adolescente, que me hizo mucho efecto, y un revoltillo de autores internacionales que cogía de la biblioteca paterna, donde no había limitaciones: mucha novela norteamericana y francesa, entraba de todo. Me empaché de

novela y lo mismo me daba Cronin que Maurois, Dos Passos que Borges, Graham Greene que Unamuno, Tolstoi que Malaparte. En los sesenta descubrí a Clarín, a Galdós y a Baroja, fueron flechazos para siempre. Era la biblioteca paterna, que no parecía tener orden ni concierto, un tesoro sin fondo. Nuestro Siglo de Oro me apresó más tarde, entre el final del bachillerato y el arranque de la carrera.

— **Y de paso, para diversificar, aquellas películas que te entusiasmaron. A ver si así descubro tu misterio...**

— El cine lo teníamos a veces en casa. Mi padre era un chiflado del cine. A mi madre y a él les gustaba mucho la fotografía. Los dos eran pintores y melómanos, se competaban maravillosamente. Papá nos filmaba, hacía documentales semiprofesionales y se atrevió a sonorizarlos, sincronizando la imagen con un magnetofón de esos que en vez de cinta, aún desconocidos, grababan en hilo de acero. Conseguía copias para cinéfilos de largometrajes en 16 mm. Había un circuito en Zaragoza muy solvente. Mis recuerdos de niño guardan los rostros de Manolo Roteñar, de José Luis Borau y otros amigos con esas aficiones. Tenían contactos con José María Forqué. Cuando conseguía papá una copia prestada, la veíamos en casa, en una sábana que se colgaba en el comedor (calle Costa, 12, donde vivíamos alquilados). Charlot, pero también Eissenstein, películas italianas —por lo que fuera, me dio mucho miedo **La Corona de Hierro**— y muchos documentales americanos de la guerra de Corea, que los prestaba la Casa Americana, con banda sonora en español. En casa había de todo para pegar el celuloide cuando se cortaba, brochas con perilla para limpiar las lentes del proyector y cosas así. Era todo muy doméstico, muy casero, pero fantástico. Aunque eso no sustituía el cine en compañía del gentío, en las salas baratas, el Frontón, la Iris, el Monumental, donde las guerras con los

indios o con los japoneses sabían de otra manera. En pantalla de verdad, Ivanhoe era otra cosa. No sé cuántas veces la vi. Tenía la novela y, además, la novela ilustrada. Y las comparaba con la película. Aprendí de todo, sabía mucho más de la Inglaterra de entonces que de Aragón: sajones, normandos, judíos, musulmanes, cruzadas, franceses, templarios... ¡si hasta salía Robin Hood! Pero, bueno: lo de casa era como una ceremonia familiar, como un secretillo, y el cine en salas grandes era un rito tribal y vocinglero, podías patear el suelo con otros cientos de chavales cuando atacaba la Caballería. Y aún me parece oírlo en el descanso, de la boca chicos de nuestra edad, a los que miraba con envidia, mientras paseaban entre los asientos, con un tablero horizontal colgado del cuello por dos tirantes, y gritando “¡Cacahué, caramelo, chicle Tabay!”. Sabíamos que no, pero nos parecían un poco los dueños de aquellas golosinas. La entrada, en asientos de general, valía una o dos pesetas y no siempre te quedaba para el chicle. No decíamos *chicle*, sin acento no sabía a lo mismo. Y, en realidad, el que más nos gustaba era el *Bazooka*, porque llenaba la boca una barbaridad.

El Instituto

— **Retrocedamos a tus primeras escuelas, tus primeros profesores...**

— Hasta los catorce o quince años estudié con frailes, es decir, en los colegios que había cerca de casa. Nací (literalmente) en la calle de San Vicente de Paúl, así que me estrené en las Anas del Coso, un añito, hasta que tuve edad para empezar la primaria en el colegio, que estaba en la acera de enfrente. Lo que más recuerdo es que los reverendos, que llevaban ‘babero’ blanco, nos dividían en romanos y cartagineses, para que compitiésemos; y que usaban una curiosa herramienta de madera, llamada chasca, con la que el fraile, pulsando con el pulgar un palitroque atado por un cordel a una especie de bola con mango, producía exacta-

mente eso, chasquidos. Así indicaba que algo había concluido, o que iba a comenzar. En caso de iracundia, te la podía tirar; a veces, con puntería envidiable. No tengo mal recuerdo. Por esa vía conocí al hermano Daniel Gutiérrez, muchos años trabajador incansable en Edelvives, importante industria editora afincada en Zaragoza y con proyección nacional e internacional. Cuando mis padres se mudaron a la calle Costa, siempre de alquiler, fui, con mis hermanos, a otros frailes en el paseo de la Mina. Lo más digno de recordación en este colegio, a diferencia del primero, eran las bofetadas, los reglazos, los zapatillazos y los coscorrónes. Eran muy pegones y yo estuve allí unos ocho años a disgusto. Tenía buenas notas, a veces era el primero de la clase, pero no los quise, ni los quiero, ni los querré. No he perdonado lo que me hicieron y lo que hicieron a otros chicos. No he vuelto a pisar aquel lugar desde que pude convencer a mis padres de que nos sacasen de aquel sitio. Eso debió de ser hacia 1958 o 1959. No he querido saber nada de bodas de plata y celebraciones semejantes. Salvo dos o tres excepciones, pero no más, recuerdo a aquellos profesores sin afecto ninguno. Hablo con mis dos hermanos siguientes —soy el mayor de seis varones— y son de igual criterio. Eso nos sirvió para que los pequeños no fueran nunca a tal sitio. Los compañeros, claro, eran otra cosa y mantengo amistades fraternales y entrañables con algunos. Será que la tribulación genera lazos fuertes...

— ¿Qué fue para ti el paso por el Instituto Goya? Supongo que aquí encontrarías a tus primeros maestros. ¿Quién te influyó más? Tus asignaturas favoritas, tus asombrosas notas, el vislumbre de tu primera vocación...

— Sí, luego vino el Goya. Lo más notable de llegar al instituto fue que todos mis sobresalientes frailunos se convirtieron de golpe en aprobados rasos. Un descabro. Sacar un siete era una hazaña. Por vez primera, tuve

un suspenso en Matemáticas, que yo creía se me daban bien: las aprobé en junio, pero con sudores de muerte. Hice bachillerato superior de Ciencias, porque las Letras me parecían una especie de broma. Y ese fue el apocalipsis del Goya, la revelación, el desvelamiento. ¿O sea, que Literatura, Historia, Arte, Geografía y Filosofía no era aquello que decían en el colegio, una monserga toda repleta de retahílas y nombres de troyes, listas de cordilleras y fechas colgadas unas de otras, dichas por gentes que no habían leído ni por el forro los autores que tenían que explicar, ya fueran Quevedo o, otro orden de cosas, Lutero o Voltaire, que eran dos espantajos en clase de Religión, procaz el uno e impío y malvado el otro, almas de Satanás a quienes aprendías a detestar? De repente, en el instituto, apareció por clase el sentido verdadero de esos saberes. Acababa de irse Blecu a Barcelona y recibíamos la enseñanza literaria de Ángela Martín y Jesús Alda. Daban clase Gascón de Gotor, de Arte, y Eugenio Frutos, con luminosa suavidad, y en lenguas clásicas Benjamín Temprano, correoso y eficaz, y Vicente Tena, clérigos ambos muy duchos en lo suyo, aunque Tena estaba ya muy mayor. De paso, en Ciencias, ejercían José Estevan, Dimas Fernández-Galiano y Emilio Moreno. Así que me pareció estar en otro planeta. No te regalaban nada, pero te daban mucho, te exigían tanto como te daban... y no pegaban. Era duro, pero bueno. Un cambio sensacional.

— Y la decisión de qué carrera seguir...

— No sabía qué hacer: si seguir el camino de las derivadas o la cristalografía o andar las vías recién descubiertas. Entender a Góngora y atisbar a Leibniz era tan sugestivo, o más, que comprender la función exponencial o el concepto de número imaginario. Todo eso había estado fuera de mi alcance hasta entonces, porque no se trata de saberes que se puedan adquirir en el ámbito doméstico.

— Y de paso, por cierto, ¿alguna valoración educativo-pedagógica de los antiguos planes respecto a los actuales?

— El asunto es que, como todos los legisladores y gobernantes del ramo debieran saber, lo importante en la enseñanza, muy principal y obviamente, son los docentes, los maestros, los profesores, mucho más que los planes de estudio. En el aula, el plan de estudios queda en buena parte en manos de quien enseña y a este es a quien hay que cuidar. Eso no significa que haya que adoctrinarlo, ni dirigirlo: hay que formarlo con seriedad, rigor y eficiencia. “Fabricar” buenos profesores es un negocio excelente para cualquier sociedad. Nosotros no vamos por ahí. Todos los que hicimos aquel bachillerato salimos, en promedio, mejor equipados de herramientas conceptuales, y de informaciones, de lo que se sale hoy. No hablo de oídas, porque hace casi medio siglo que estoy en las aulas de la universidad y conozco la evolución y los resultados, porque me enfrento con ellos desde 1966, estoy en activo, y no recuerdo haber perdido en mi vida ni un día de clase. La enseñanza se ha generalizado, lo cual es magnífico, y a la vez ha bajado de calidad media, lo cual es deplorable. Sobre este asunto mi criterio es puramente profesional: he sido también por un tiempo profesor de bachillerato —en los jesuitas, que me dejaron pagar en especie la escolarización de mis hermanos pequeños, un gesto inolvidable; y en el Santo Tomás de Aquino, donde me pidió que lo hiciera Eloy Fernández, ya no recuerdo bien por qué — cuando mi sueldo universitario no merecía ese nombre y coautor de un libro de texto para Geografía e Historia. Puedo asegurar que hay saberes fundamentales que han sido derogados. Y que, de paso, se ha confundido la didáctica con la pedagogía. No soy optimista.

La Universidad

— Enlazando con lo anterior, ¿cómo fue tu elección de carrera? Tengo alguna idea de que empezaste Ciencias y pasaste a Letras... ¿Estabas seguro de tu vocación?

— Yo tenía que estudiar ingeniería industrial, como nieto mayor de mi abuelo Pedro Cabeza, que tenía una fundición y una fábrica de maquinaria agrícola. Pero el Goya me hizo cambiar de rumbo, lo cual fue una especie de susto familiar. Me daba vergüenza decir que quería estudiar Letras. Di a entender que a lo mejor hacía Derecho y Letras. Llegué a ir, como oyente, a clases de Derecho Romano (Sánchez del Río) y de Historia del Derecho (Orlandis), pero episódicamente. Lo que no sabía era si optar por Filosofía o por Historia Contemporánea. La Filosofía me atraía mucho porque Eugenio Frutos fue profesor mío cuatro años consecutivos, dos en el Goya y dos en la Facultad, ya que era catedrático en ambos centros. Me producía un efecto hipnótico su uso del lenguaje, muy hermoso y preciso. La Historia Contemporánea me la estropeó un profesor de esa materia, que la hacía intragable. En el verano de 1962 acerté a incluirme en una excavación de Antonio Beltrán. Encontró un trocito minúsculo de cerámica negruzca y me explicó durante seis u ocho minutos lo que podía deducirse de él. Fue fulminante.

— Aprovecho la referencia para que me hables de tus tiempos de arqueólogo...

— Mis actividades excavatorias duraron más o menos un decenio. Azada, pala, cepillo, escobilla, cordeles, papel vegetal, teodolito, clavos, lámpara de carburo, casco de plástico, manoplas, tinta china, plumilla de acero, lapicero, goma de borrar, insecticida, lupa, aceite solar, blocs de muelles, despertador,

mono azul, tiritas, mercromina y agua oxigenada, cantimplora, mapa topográfico, brújula, bolsitas de plástico, cajitas, binoculares, sobres de papel, rotuladores de colores, granulometrías, leche condensada (en Saelices solo tenían de cabra, puaj), antiácidos, cámara para color, otra para ByN, papeles para recibos de jornales... Pero, en fin: tuve que dejar el trabajo de campo y concentrarme en otras cosas.

— ¿Qué tipo de alumno fuiste en Letras (además de empollón)? ¿Tuviste mucha participación en actividades culturales, políticas...? Tus grandes maestros, tus materias favoritas...

— Fui muy buen estudiante, porque me encantaba la carrera. Más que estudiar, aprendía como una esponja. Tuve buenas notas, menos en Árabe y Griego. Cada matrícula de honor era un alivio económico, agradecido en casa, que era alegre, pero tirando a pobretona. Allá a los quince años daba clases particulares a domicilio (de Matemáticas elementales) y así no tenía que pedir en casa para comprar libros de la Austral, creo que a 18 pesetas (o sea, 11 céntimos de euro), ni los cigarrillos Bisonte, que adquiría sueltos en las “abuelicas de la cesta” y en las cigarreras del Tubo. Durante la carrera me metí en todo lo que pude, salvo en deporte: tertulias, grupos de teatro y literarios. Fui elegido por mis compañeros delegados de curso, subdelegado y delegado de Facultad. O sea, que antes de los veinte años despachaba con el decano (Lacarra) y, a veces, con el rector (Cabrera). De ahí me vino ser el último jefe del SEU, en cuyo desempeño me trató la gente bastante bien, creo yo que porque nos conocíamos todos. Profesores que me dejasen huella, además de Beltrán, Lacarra y Frutos, fueron Ynduráin, Olaechea, Abbad —no obstante su trato adusto—, Ledesma, Torralba y Antonio



Con A. Beltrán en 1991



Con Concha y Ramón Abad



Con J.M. Blecua 1992

Serrano, cada cual por causas distintas. Fueron muy cordiales conmigo otros más, como Solano, Casas Torres y Rafael Gastón. Yo estaba a gusto con mis compañeros y, en general, admiraba y respetaba a mis profesores. Fui un buen chico y lo que se me daba peor era ligar, aunque hice amigas para siempre. En el curso, numeroso (unos cien), había, sobre todo, chicas, frailes y monjas. Mozos, digamos, “normales” de bachillerato creo que éramos siete nada más. Uno de ellos era mi fraterno José-Carlos Mainer, que luego migró a Barcelona, a hacer Literatura.

— **Tu tesis de licenciatura...**

— Mi tesis de licenciatura fue un trabajo muy estimulante para mí. Básicamente, fue reunir los datos que sobre la época romana en Aragón aparecían en los eruditos antiguos, sobre todo del siglo XVIII: Traggia, el sabio exescolapio, Ceán Bermúdez, la *España Sagrada* de Flórez, etc. Nunca he dejado esa afición, eran sabios formidables, magníficos. Lo que hice fue fabricar una especie de diccionario (otra vocación permanente), un léxico de localidades, ríos y montes de lo que hoy es Aragón, pero en tiempos prerromanos y romanos. Salió bastante bien, a decir verdad. La estuve haciendo desde penúltimo curso de carrera y a la vez que el servicio militar, que hice en condiciones bastante duras, como soldado raso. Alguna vez me arrestaron por escaparme sin permiso para examinarme, pero es que no podía perder curso. Terminé la carrera en junio, defendí la tesina en septiembre y concursé en ese mismo mes a una plaza de ayudante de Arqueología, Epigrafía y Numismática. Tuve el premio extraordinario de Licenciatura y el accésit al nacional Fin de Carrera.

— **¿Y el doctorado?**

— La tesis vino más tarde, fue muy dificultosa y cambiante y me dio varios disgustos graves; prefiero no entretenerme. Sí digo, a título de

muestra, que, literalmente minutos antes de su defensa, se me pidió que retirase el largo apéndice informático (básicamente, un gran acordeón de sábanas de papel IBM, con la combinatoria que demostraba qué cosas había o no en un montón de yacimientos, cuya programación había redactado yo mismo, en lenguaje Fortran IV), por resultar material inapropiado. Añado que no mereció el ‘*cum laude*’ del tribunal y que no pude por eso optar al premio extraordinario de doctorado. Sin ello, parecía imposible llegar a catedrático. Por un tiempo, así creí que sería. Preparé, pues, el largo temario para cátedras de Instituto de Geografía e Historia, vocación que no me atraía, y para Museos del Estado, cuyas prácticas hice en Huesca. La tesis, no obstante, se publicó en 1973, pero por vía no universitaria. Intenté probar en ella, desarrollando una antigua observación del alemán Emil Hübner, que existía un área ibérica llamada Sedetania, que incluía Zaragoza, a la que se había confundido siempre con otra contigua, denominada Edetania, con centro en Sagunto y Liria. Fue divertido ver que Gabriel García-Badell publicó años más tarde su novela *La Sedetania liberada* y que hay en Zaragoza un parque de la Sedetania.

— **Virtudes y defectos de tu Facultad (o de la Universidad en general, si quieres), desde el punto de vista del alumno.**

— La Facultad no era comparable con la actual, en España todo ha cambiado profundamente, a mejor o a peor, pero profundamente. Un centro de enseñanza e investigación, como es una facultad universitaria, es bueno si lo son sus profesores. Eso es lo primero y principal. Necesitaría estadísticas y datos para opinar con sensatez. Por ejemplo: en 1966 se daba solo el título de Filosofía y Letras, que es el que yo tengo. Hoy se imparten diez carreras diferentes, incluidas Periodismo, e Información y Documentación, y en lugar de unos

trescientos o cuatrocientos estudiantes debe de haber cerca de cuatro mil. Los profesores de mis tiempos cabían todos en una salita y ahora deben de ser cerca de trescientos. Sí me parece obvio que esta gran extensión ha sucedido con visible merma del nivel medio, discente y docente. No añoro el pasado y llevo en activo cerca de medio siglo, de forma que tengo una percepción continuada y directa de esta evolución. Por temperamento, no dejo de combatir, pero el esfuerzo didáctico para tirar hacia arriba es ahora mucho mayor. Sigo peleando, pero no soy optimista.

El profesor y la docencia

— **Me gustaría entrar en tu periodo de profesor, de investigador, de “maestro” (si me lo permites, que nunca me lo permites, por eso lo pongo entre comillas). Hablar de la Universidad desde el punto de vista del docente y tu opinión sobre el alumnado... Has expresado tu pesimismo, tanto sobre la enseñanza secundaria como de la universitaria. ¿Alguna salida? O esto no tiene remedio... Si lo quieres un poco más fácil, te empezaría preguntando cómo es tu día normal...**

— Por las mañanas, de toda la vida a partir de cierta edad, pongamos que los 18 o los 20 años, me levanto, me pongo en pie y me pregunto, a ver, Guillermo, qué tienes que hacer. Rememorado lo que sea, me pongo a la tarea y sigo hasta el día siguiente. Pero no sé si eso lo hago con el ego, con el superego o con el yo subconsciente (de los que me acabas de hablar en un aparte). Lo hago.

— **Y a esta mecánica mañanera le has sido fiel siempre...**

— Esto sirve también para ser profesor, solo que la planificación empieza por construir el programa de una asignatura, desde la primera lección hasta la última. Sigue por prepararlo tema por tema y lección por lección (un tema puede explicarse en varias lecciones). Continúa

por explicarlo en su totalidad (y esto lo subrayo), si no, el programa es una filfa, tanta cuanto merma haya. Y, en fin, hay que llevar cada clase preparada con detalle y ajustada a la duración asignada, sea esta la que sea. Las lecciones pueden ser de exigencia muy variada y hay que prepararlas adaptándose a la naturaleza del asunto. Hay lecciones que piden conceptos cuasi abstractos, bien de método o bien correspondientes a la época estudiada, para disminuir el anacronismo en que inevitablemente se incurre al intentar reconstruir lo pasado; otras, reclaman conocimiento del medio físico, geográfico, biológico (en mi caso, del de hace siglos, o milenios); algunas deben montarse sobre secuencias de hechos, políticos, económicos, bélicos, institucionales, culturales y científicos, jurídicos, para dar cuenta de la velocidad de las series causales y, hasta donde se puede, de su complejidad e interacción; hay lecciones que piden énfasis en la crítica del saber heredado, exposición resumida y comentada de las doctrinas de los grandes expertos, bibliografías oportunas —no de relleno—; la vigencia de los tópicos y su evolución; etc. De todo eso, consciente o inconscientemente, el alumno debe llevarse consigo lo más importante que puede suministrar la universidad: método, información envuelta en método. Sin método, todo es problemático.

— **Está claro que eres una persona metódica, y no solo en lo que atañe a tu profesión educativa...**

— Esto es lo principal de lo que he hecho muchos años. Preguntarme por la mañana cuál de esas cosas me toca hacer en el día. Ahora ya no me dejarán, he tenido que firmar este mes de marzo los papeles en que pido mi jubilación forzosa, que así se llama. (Si es forzosa, ¿por qué la tengo que pedir, si no quiero jubilarme?).

— **Pues no la pidas, a ver qué**

pasa... Háblame de tu concepto de la docencia, que anda ahora un tanto descalabrado, o eso parece.

— En la docencia, siempre pensada para el alumno, y no en función del interés particular del profesor —este es un fraude bastante frecuente—, puedes encajar tu propia experiencia investigadora; pero, en los cursos generales no hay que convertir la microespecialidad individual en la materia principal de la enseñanza. Eso es cómodo, pero fraudulento, salvo que se haga en lecciones programadas con esa finalidad explícita: vengan a ver lo muchísimo que sabe el sabio Fulano de tal cosa. Mi tarea investigadora ha pasado los filtros de la suficiencia, pero ni es excepcional ni, si desapareciera, sería imposible de reconstruir. Encuentro que su valor principal estriba en que así se puede transferir a los alumnos esta especie de segunda naturaleza que la investigación crea en quien la practica. Hay una clase restringida de alumnos, obligadamente pocos, a los que uno considera discípulos. Estos descubren una vocación semejante a la tuya. Si, además de vocación, tienen aptitud y agregan trabajo suficiente, se puede alcanzar el acuerdo mediante el que acaba transfiriéndose el testigo a las generaciones siguientes: ellos aceptan trabajar y estar, por un tiempo, bajo la tutela intelectual, y aun moral, de su profesor. Este importante renglón de la tarea académica —de donde salen los nuevos doctores y los futuros profesores o maestros— no es posible si no ha hecho uno su probanza de armas en la investigación, aunque no haya llegado a la excelcitud. En la universidad hay que investigar en alguna medida.

— **¿Y qué pasa con los resultados educativos, que nos dan tan malas notas por ahí...?**

— Respecto del estado de los conocimientos de los escolares, atendiendo a los únicos indicadores disponibles de carácter general —en

tre ellos, los informes PISA para los niveles previos, de 15 y 16 años, y las encuestas del propio sistema universitario, más esporádicas y heterogéneas—, coinciden y refuerzan mi apreciación subjetiva. Esta es siempre limitada, naturalmente; pero la asidua experiencia docente de casi cincuenta años ininterrumpidos y tras haber servido a varios planes de estudio he impartido una docena —muy larga— de asignaturas de todos los niveles, ratifica esas conclusiones: las medias han bajado y no veo modo de contener esa caída. Con la aplicación a la española del EEES (alias Bolonia; pobre y venerable Bolonia, qué culpa tendrá) no es verosímil que mejoremos. El sistema no es calamitoso, pero está tocado en todos sus niveles, renquea, bizquea, jadea y tartamudea. El barco tiene vías de aguas que exigen tanto esfuerzo en el achique que se descuida la navegación.

— El sistema está tocado...

Seguimos en el pesimismo. ¿Alguna salida, alguna solución? Porque ¿habrá que buscar soluciones?

— Nuestras reformas educativas han ido en la misma dirección desde 1969. La parte buena es que acabaron con al autoritarismo y se extendió la escolarización. La mala es que se ha igualado por abajo, en nivel docente y discente. Esta inercia no se detendrá así como así, porque cabalga a lomos de una tendencia social general que a menudo antepone el derecho al deber, la libertad a la responsabilidad, dos binomios que generan patologías cuando sus componentes no actúan rigurosamente a la par. Si hubiera que empezar por alguna parte, me aplicaría a planes plurianuales de formación del profesorado, intensivos y sostenidos. No es cuestión de presupuestos, ni de vocación docente. Hay inflación de discurso pedagógico, pero déficit de capacitación didáctica y en contenidos. Este posible inicio del remedio no lo veo ni aun en ciernes. Nadie habla de esta parte vidriosa del asunto.

Cinco cuestiones para completar un perfil

— **¿Alguna afición más lúdica, o todo ha sido estudiar?**

— Mi afición principal y dominante es leer. Me considero afortunado porque tengo qué leer, siempre me queda qué leer, siempre hay por delante algo por leer. Por maravilloso, o por entretenido, por curioso, por informativo, por horroroso o por lo que sea. Qué necedad, prohibir lecturas. No hay libro tan malo que no tenga algo bueno: si Cervantes lo dice (y dos veces) en la segunda parte del Quijote, tiene que ser verdad. Ya lo habían dicho antes los romanos: “*Nullum esse librum tam malum ut non aliqua parte prodesset*”, o sea, que alguna parte siempre aprovecha. He leído tebeos a miles, clásicos, *underground*, fanzines, Manara, Moebius, Métal Hurlant, Harold Foxtter, Hugo Pratt, Crumb, Supermaño, de todo. También ciencia ficción y novela histórica (ahora, ya no, se ha llenado de filfas). Y nuestro siglo XIX, que descubrí en la Facultad. Una afición fallida es la música. Dejé de estudiar piano porque me rompí un brazo saltando desde un puente de mucha altura; la verdad es que viví como una liberación el abandono del teclado y los pentagramas (el brazo lo he tenido siempre mal desde entonces, aunque lo disimulo bien). He jugado al fútbolín, al bádminton, a la petanca y al mus, pero ya hace años que no. Hice bici, de paseo, hasta pasados los cincuenta. Y he vuelto a los juegos de guerra, pero ya no en tablero, sino en el ordenador. Juegos realistas, no futuristas ni legendarios. Son buenísimos, toda la serie de *Call of duty*. Pero ya no hacen simuladores de submarinos y de carros de combate (aéreos, sí, pero con demasiada aviónica). En fin: mi cabeza me pide, sobre todo, leer (escribir me parece una forma de leer).

— **¿Cómo ha sido tu relación con la política?**

— Me interesa la cosa pública. Empecé por representar a los compañeros que me votaban en la Facultad. Negociaba con los profesores: fechas de exámenes, viajes de estudio y así. Eso me llevó por elevación al SEU, mucho más doméstico de lo que algunos mitómanos han hecho creer, en su beneficio. Los delegados de la ‘oposición’ eran buena gente y, algunos, amigos de infancia míos, como Miguel Monserrat o César Alierta. No hubo problemas serios y nos entendíamos bien a espaldas del gobernador. Mi camino de Damasco, o sea, la política de veras, me llegó cuando conocí a dos personas torturadas por sus ideas políticas. Me rendí a aquella evidencia. Llegaron Andalán y el PSA. Hacer política estaba prohibido, perseguido y sancionado. Un par de veces fui denunciado al Tribunal de Orden Público, pero me libré de daños graves. Cuando los partidos se hicieron legalmente con el escenario, ya no éramos precisos ni los partidos nos quisieron para nada. Estoy, como otros, en el ágora, pero desde la condición ciudadana.

— **Otra tentación tuya, la historia de Aragón. Y una obsesión: la precisión de conceptos. ¿Tan mal está hecha la historia de Aragón?**

— La historia de Aragón ha tenido y tiene cultivadores excelentes. Otra cosa es su difusión, muy precaria. En los planes de estudio que cursé había un sesgo generalista interesante: historia, pero con geografía, filosofía, literatura, arte y lenguas. Hube de impartir asignaturas generales, como Historia Universal, Historia de España e Historia del Arte y dar Geografía e Historia en bachillerato. Eso suscita panoramas globales y por eso me atrevo a sintetizar y divulgar la historia académica que sale poco a la calle, casi no entra en las casas y no mucho en las escuelas. En ese frente, *Heraldo* es un gran vehículo de difusión. Ciertamente conoci-

miento del pasado, sin exaltaciones chovinistas, es un factor positivo de cohesión. No solo “*ad intra*”, sino también “*ad extra*”: Aragón tiene siete fronteras y eso facilita visiones ricas, mestizas, complejas y, por lo tanto, solidaridades espontáneas con los vecinos, españoles y europeos.

— **Una pregunta obligada: ¿qué te llevó a aceptar ser director de *Heraldo*?**

— En *Heraldo* llevo escribiendo media vida. Tuve una gran relación con Antonio Bruned desde los años setenta. En septiembre del 2000 se produjo el cambio de titularidad en la empresa. La nueva propiedad trazó un plan general de transformación. Pilar y Fernando de Yarza, junto con Alejandro Espiago, me dijeron que sería de ayuda para *Heraldo* tenerme como director. Me pareció rarísimo. Yo pensaba que harían un consejo

editorial consultivo, independiente, no retribuido, de personas de confianza y alguna vez lo había comentado. Me parecía muy difícil dirigir una redacción curtida y muy profesional. Yo no necesitaba hacer carrera. Y era imposible sustituir al director anterior, decano del oficio en España y, además, copropietario y consejero delegado. Yo sería un empleado. Me insistieron en términos cordiales. Les hice tres preguntas precisas y las contestaron sin evasivas. Pedí un tiempo para pensarlo. Lo consulté solo con Concha, mi mujer. Dije al fin que sí y en noviembre empecé la tarea, desbordante y, en bastantes momentos, inesperadamente dura. El plan se fue ejecutando y, al cabo de un tiempo, *Heraldo*, que era lo importante, navegó con solvencia durante otra etapa más de su historia. El siguiente relevo, en 2008, fue muy normal.

— **Y otra de tus obsesiones, el País Vasco. ¿Por qué?**

— Con los nacionalismos secesionistas soy beligerante. Es insensato pretender que si voy a Tafalla, a Tudela o a Tarragona estoy en un país que no es el mío, Pamplona y Lérida, San Sebastián y Poblet no pueden serme extranjeras, que gran majadería. Cuando oigo eso de que ‘Nafarroa Euskadi da’ (Navarra es Euskadi) pienso que ‘Nafarroa Aragón da eta Gaztela da’, porque Aragón y Castilla, como reinos, brotan del linaje real pamplonés. Leer directamente a Sabino Arana, bruto increíble, explica muchos desvaríos actuales. Algo similar sucede al mirar de cerca a Francesc Macià. Una mentalidad así lleva al repudio de Aragón: los famosos “Països Catalans” lo dejan fuera incluso de la comunidad sentimental de la Corona. Qué estrechez mental. Hay que oponerse siempre a los mentecatos.

Un incombustible espíritu docente

Intentar sintetizar la bibliografía académica de Guillermo Fatás es hartó complicado. No hay aquí espacio suficiente para su extenso currículo ni siquiera a grandes trazos. Las “monografías” superan el centenar y sus libros, la treintena. Ha dirigido colecciones como el arranque de la pionera Colección Aragón, editada por Librería General; La Corona de Aragón, bilingüe español-catalán, con seis voluminosos tomos; CAI-100 (100 volúmenes), con Manuel Silva; la estupenda colección Mariano de Pano (CAI), de la que está programado su volumen 30. Ha dirigido numerosas tesis y tesis universitarias y sus artículos de prensa se cuentan por miles (acaso cinco mil, contando editoriales). El profesor Fatás resta importancia a su vasto currículo: “Creo que cualquier profesor universitario de mi edad académica (47 años de servicio, que ya son) tendrá algo parecido, si no mayor, al menos en cuanto a cantidad. Si es de letras también habrá escrito bastantes cosas”. De sus muchos libros, hay uno que sigue siendo de repertorio en nuestro país, desde hace muchos años, y ha sido usado por docenas de miles de estudiantes: el Diccionario de términos de Arte que hizo junto al profesor Gonzalo Borrás. “Hay mucha gente que me cree profesor de Arte por ese libro. Como ya está pirateado en la red, dejará

de reeditarse a no tardar y también será cosa conclusa”. Dice que no le sientan bien las miradas retrospectivas y procura evitarlas. Por eso no hemos hablado nada de su mujer, Concha, con la que ha colaborado en algunas obras, de sus hijos y de sus cinco hermanos, “todos tan importantes en mi vida”, porque cree que debe reservar esa parte de su intimidad. Lo mismo le ocurre ante ciertos hechos de su itinerario vital, como su participación en la fundación de Andalán o el PSA (Partido Socialista Aragonés): “Andalán sirvió en su día para ventilar el ambiente, fue una iniciativa generosa, laboriosa, complicada y arriesgada, pero tampoco estoy cómodo en su evocación, y lo mismo me sucede con el SEU, el PSA, la Gran Enciclopedia Aragonesa... Deduzco que ese desapego con mi propio pasado sucede cuando se trata de etapas cerradas, finiquitadas. Es algo que no me ocurre con la universidad, la IFC o *Heraldo*, creo yo que por eso, porque aún están en marcha y tienen sentido presente, en acto”. Una vida fecunda, plena, apasionada, con un incombustible espíritu docente en cualquiera de sus facetas, al servicio del mejor y más exacto conocimiento de Aragón la de este puntilloso sabio maestro (aunque se enfade un poco por decirlo) que sigue en la marcha, sin un respiro, empecinadamente actúa.